

Estén en ella vuestros ojos fijos,
 Y al darla vuestros lauros en ofrenda,
 Decidla: "¡oh Madre, tus dichosos hijos
 Hoy los consagran de su amor en prenda!"



MORELOS.

(A JOAQUÍN DIAZ.)

SONETO.

Qual suele tempestad asoladora
 Los pinos derribar del alta sierra,
 Así destruye, oh rayo de la guerra,
 Al ibero tu mano vengadora.

Y ya desde el ocaso hasta la aurora,
 Del aquilon á la abrasada tierra,
 Aquel pendon que libertad encierra
 Paseando va tu hueste triunfadora.

En Cuautla ofuscas de la Grecia el brillo,
 Y de México el nombre hasta los cielos
 Con el tuyo levántase radioso.

Y sucumbes despues, noble caudillo;
 Mas queda el heroísmo de Morelos
 Por blason de este pueblo valeroso.

HIDALGO.

(A MARIANO DE JESUS TORRES.)

SONETO.

“Del polvo alzando la abatida frente
El generoso pueblo mexicano,
Deshaga al fin con su robusta mano
Los hierros que forjó la hispana gente.”

Así dijo el Señor Omnipotente,
Y al escuchar su acento soberano,
Te lanzaste á la lid, ínclito anciano,
Abriendo el pecho al entusiasmo ardiente.

Ya se enciende titánica pelea;
Crujen los montes, se estremece el suelo,
Y el trono de Fernando bambolea:

Cuando Anáhuac en hondo desconsuelo
Ve que tu sangre en el cadalso humea
Y que tu alma de mártir sube al cielo.



BRAVO.

(A MANUEL OCARANZA.)

SONETO.

De indecible crueldad sangriento alarde
Te arrebató la prenda mas querida:
Del dulce padre se extinguió la vida;
Es ¡ay! en vano que tu amor le aguarde.

Terrible el brazo vengador no tarde;
La sangre quede en Medellín vertida
De hispana tropa á tu valor rendida
Que del cadalso al pie tiembla cobarde.

Mas no temais, vencidos castellanos:
Libres quedad, para que al orbe entero,
Ensalzando á los héroes mexicanos,

La fama diga el nombre del guerrero
Que eclipsa á los Scipiones y Trajanos
Y es *sin miedo y sin tacha* caballero.



ITURBIDE.

(A JUAN SAENZ.)

SONETO.

Pudo asombrada contemplar Padilla
Cómo el crimen alzó la airada mano,
Y en tu cabeza ¡ilustre soberano!
Descargó con violencia su cuchilla.

Y puede antipatriótica rencilla
Olvidar que tu genio sobrehumano
Dió á los libres del suelo mejicano
Sacro pendon que ingratitud mancilla.

Mas nunca los leales corazones
Contemplarán con torpe indiferencia
El ejemplo inmortal de tus acciones.

Ellos dirán á la eternal Clemencia:
"De gloria coronad á quien los dones
Legó de fé, de union, de independencia."



EL GENIO DE LAS ARTES.

(Leída en una Velada de la Sociedad artístico-literaria de Puebla y dedicada al Sr. D. Ignacio Romero Várgas.)

Canoros ruiseñores,
Que, suspirando al declinar el dia
Decís vuestros amores
En deleitosos trinos seductores
Que encanto dan á la floresta umbría:

Yo sé que al dulce acento
Con que soleis contar vuestras querellas,
Sus alas pliega el viento,
Recoge vuestras notas, y violento
Va luego al valle á regalar con ellas.

Yo sé que la azucena
Que las verdes campiñas engalana
Y de fragancia llena,
Al oír vuestra tierna cantilena
Abre su cáliz y os saluda ufana;

En tanto que la rosa
Enamorada tiembla, y encendida
Muestra su faz preciosa,
Porque ve á la azucena pudorosa
Con vuestro alegre canto suspendida.

Yo sé que el claro rio
Sus ondas encadena al escucharos;
Y que el ardiente estío

Ve á sus ninfas con grato desvarío
En la florida márgen esperaros.

Yo sé que la paloma
Que oculta vive en el peñasco hueco
De la apartada loma,
Cesando de gemir, vuestra voz toma
De su perdido amante por el eco.

Y sé que el firmamento,
Ese inmenso tapiz bordado de oro
Y diamantes sin cuento,
Suspende el misterioso movimiento
Al escuchar vuestro cantar sonoro.

Que enmudecen los mares
Los ímpetus domando de su ira:
Las selvas seculares
Callan también si el gozo ó los pesares
Cantais al son de la sagrada lira.

¡Ah, salve, hijos de Apolo,
De la creacion egregios soberanos,
A cuya voz tan solo
Se alza un eco del uno al otro polo
Que no se alza á la voz de los tiranos!

Vuestras nobles conquistas
Envidia el pecho con afan profundo:
Que por doquiera listas
Las coronas están que á los artistas
En premio da la admiracion del mundo!

Con paso majestuoso
Las edades cruzais, é indeficiente
Del caos espantoso

Las sombras quita el rayo luminoso
Que va brotando vuestra altiva frente.

Cuando anunciáis la idea
Que ha de alumbrar los vastos horizontes;
Cuando exclamais "Luz sea,"
¿Qué importa que el escéptico no os crea,
Si el radioso fulgor dora los montes?

Así el genio atrevido
En el mundo oriental tendió su vuelo
De gloria circuido;
Y sus artes y ciencias no ha podido
Cubrir aún el funerario velo.

Que de entre el polvo oscuro
Que audaz el tiempo rápido amontona,
Se lanza al éter puro
Un acento inmortal, firme y seguro
Que ensalza al genio y su poder pregona.

Así el osado griego
Del Númen sacro en el ardor se inflama,
Y el mundo siente luego
De aquel divino inextinguible fuego
Por sus venas correr la activa llama.

Del orbe la Señora
Alza al genio también brillante solio,
Y en sus colinas mora
La deidad que mas puros atesora
Los lauros del soberbio Capitolio.

No de sangre teñidos
Esos lauros están; ni los regaron
En los pueblos vencidos

Las lágrimas que rostros afligidos
Como lavas caudentes abrasaron.

Ni son el triste emblema
De la nefanda esclavitud, que al mundo
Da lúgubre anatema;
Sino del genio la inmortal diadema,
Del libre genio como el sol fecundo.

En su incansable vuelo
Y de esa luz radiante circundado,
A nuestro hermoso suelo
Llega por fin y se deshace el velo
Que oculto tiene al porvenir soñado.

Así la niebla oscura
Tiende su manto en la empinada sierra,
Y llena de tristura
Los silenciosos bosques do natura
Su regia pompa y majestad enciera.

Mas sale el rey del día
Y rompiendo las gasas de improvisó,
La ansiada luz envía
Que devuelve su agreste poesía,
Su esplendor á aquel bello paraíso.

¡Cuál brillan las cascadas
Que en blancos copos bajan rumorosas!
Bajo esas enramadas
¡Con qué trinos de amor son saludadas
Las brisas, y las fuentes y las rosas!

Yo allá vagué perdido
Cual avecilla errante que deshecho
Halla su dulce nido;

Y piedad á las selvas he pedido
En el dolor que desgarraba el pecho.

Y acaso me escuchaban
Y de mi fiero mal se condolían,
Pues las hojas temblaban,
Y aun parecióme oír que suspiraban
Y mis tristes acentos repetían.

De mi existir las horas
Iban así con lentitud pasando,
Cuando puras, sonoras,
Un día vuestras voces seductoras
A mi albergue llevó céfiro blando.

“¡Atras quedad, dijeron,
Los viejos horizontes”...y al instante
En mis venas cayeron
Gotas de fuego que temblar me hicieron
Y responder al Númer: ¡adelante!

¡Adelante, poetas,
Y vosotros, ardientes corazones,
Generosos atletas,
De esa gloriosa lid á que sujetas
Del genio están las nobles ambiciones!

Que el arte regenere
Con su dichosa y mágica influencia
A la patria, que quiere
La gloria conquistar que nunca muere
Y el destino que da la inteligencia.

¡Por qué, al pasado fijos,

Habrán de rechazarse nuestras manos
 Con rencores prolijos?
 ¿Del arte acaso los amantes hijos
 Se llamaron doquiera si no hermanos?

Atrás la sombra quede,
 Y en ella envuelta la terrible historia:
 Ya el fiero Marte cede
 Su campo al dios que conducirnos puede
 En sus alas al templo de la gloria.

Dejad que yo bendiga
 La dulce paz que frutos tan opimos
 A México prodiga,
 Y á cuya sombra protectora, amiga,
 El porvenir á saludar venimos.

Los rayos de esa aurora
 Se miran en risueña lontananza!...
 Deidad encantadora,
 Paso á tu luz, que vívida colora
 El cielo del amor y la esperanza!



FELICIDAD.

(A CLEMENTINA THEVENARD.)

Alzando en verde campiña
 Sus ecos murmuradores,
 Corre entre galanas flores
 Un limpio arroyuelo, niña.

Y está en su orilla sentada
 Bella pastora inocente,
 Que en el agua trasparente
 Tiene fija la mirada.

En el agua sonora
 Que, cual espejo de plata,
 El azul cielo retrata
 Y las gracias de la hermosa.

Absorta la linfa viendo
 Tras una hora y otra hora,
 Sigue atenta la pastora
 Y el agua sigue corriendo.

—¿A do vas? dice por fin
 Suspiro tierno lanzando
 Que lleva el céfiro blando
 Hasta el opuesto confín:

¿A dónde vas, arroyuelo,
 Que tan alegre murmuras,

Y á abandonar te apresuras
Aqueste florido suelo?

¿Van tus aguas cristalinas
En pos de encantos mayores,
De otras brisas y otras flores,
Y otro sol y otras ondinás?

¿O en el curso fugitivo
Llevas tus limpios raudales
A los tristes arenales
Que abrasa el calor estivo?

¿Van?... Mas nada respondiendo
La linfa murmuradora,
Sigue atenta la pastora
Y el agua sigue corriendo;

Cuando se acerca un zagal
A la bella sin rüido,
Zagal que su voz ha óido
Oculto tras un rosál.

Y — ¡Silvia!... dice, tocando
En el hombre de máfil
De la pastora gentil,
Que la cabeza tornando

En rápido movimiento,
De su pecho estremecido
Lanza un ¡ay! que recogido
Es por las alas del viento.

— ¡Anfriso!... — ¡Silvia adorada!
— Tú aquí? — ¿Tras la clara huella

De la vespertina estrella
No va la luna callada?

En pos de la linda rosa
Por quien da el aura suspiros
¿No va en sus revueltos giros
La pintada mariposa?

Y ese arroyulo que ves
Con tan inocente afán,
Y cuyas ondas están
Besando tus blancos piés,

¿No con grato murmurar
Se desliza por el prado
Hácia su centro anhelado
Que es el anchuroso mar?

— ¿El mar?... ¿con que allá camina
La corriente bulliciosa?
— Al mar, al mar, Silvia hermosa,
Va esa linfa cristalina.

Que quiere en la inmensidad
El arroyuelo vivir,
Cual quiero yo conseguir
Mi eterna felicidad.

En perfecta semejanza,
El va al océano entre flores,
Y yo al mar de mis amores
Entre flores de esperanza.

— ¡Feliz el puro arroyuelo
Que va, mi Anfriso, á ese mar!

Más feliz quien va á gozar
De tu casto amor el cielo!

—¡Anfriso!... —¡Silvia del alma!
Ven á ese mar de ventura
En cuya inmensa llanura
Reina deliciosa calma.

Ven, que á su playa tendida,
En alas de mi deseo,
Bogando viene Himeneo
Con sacra antorcha encendida.

Ven, y de la dicha en pos
Dejando este campo ameno,
Surquemos el mar sereno
Con que soñamos los dos!"

Dijo, y ambos sonriendo
Y el bello sitio dejando,
Siguió el agua murmurando
Y entre las flores corriendo.



LLANTO DEL CORAZON.

(A LA SEÑORITA SOLEDAD PEREZ SALAZAR, EN SU ALBUM.)

"¿Por qué volveis á la memoria mia,
Tristes recuerdos del placer perdido,
A aumentar la ansiedad y la agonía
De este desierto corazón herido?
Ay! que de aquellas horas de alegría
Le quedó al corazón solo un gemido;
Y el llanto que al dolor los ojos niegan
Lágrimas son de hiel que el alma anegan!"

Espronceda.

¡Horas de bendición y dulce encanto
Que el sol iluminó de primavera,
Brotar haciendo del cariño santo
Las flores que mi alma recogiera!
¡Horas tranquilas que en alegre canto,
¡Ay! celebró mi juventud primera
Con lozana y ardiente fantasía,
¿Por qué volveis á la memoria mia?

¿Por qué volveis cuando al amigo tierno
Buscan en vano los inquietos ojos,
Como las aves en el triste invierno
De sus deshechos nidos los despojos?
¿Por qué mi corazón, si á luto eterno
Le condenan del hado los enojos,
Ha de ser por vosotros conmovido,
Tristes recuerdos del placer perdido?